

EL CASERIO



Recientemente se ha estrenado en Madrid, y puesto en escena después en Vitoria, San Sebastián y Bilbao, esta producción lírica en forma de zarzuela, letra de los señores Romero y Fernández Shaw, y música del maestro Jesús Guridi.

Esta obra ha sido objeto de muchos comentarios y muy discutida, especialmente en el país vasco. Por ello hemos de dedicarle algunas líneas.

Si el objeto que los autores se han propuesto era el de levantar el género lírico que representa la zarzuela española del decaimiento que actualmente sufre, es preciso convenir en que se trataba de un noble empeño, aunque también precisa reconocer la gran dificultad que esto representa dentro del giro de las ideas teatrales modernas,

Por lo que respecta al libro, si bien el argumento puede pasar por un asunto vasco, y aun el carácter general de los personajes, escena y decorado puedan estimarse también como vascongados está, sin embargo, perturbado por una enorme cantidad de exotismos de este país en todo el desarrollo, y por un lenguaje que se ha querido sustituir al vasco (que hubiese sido el natural), y que resulta ser un castellano lleno de giros y modismos locales, no muy afortunados en su exactitud y menos en su aplicación, produciendo un horrible contraste con el empleo por aldeanos vascos de palabras castellanas escogidas y sólo usadas en el lenguaje literario o poético, que jamás usaron estos.

Dichos defectos, unidos a la desgraciada indumentaria, produjeron un choque violento natural ante el público vascongado, que, no obstante, aplaudió la obra, por su deseo de amparar un esfuerzo hacia el enaltecimiento de la música vascongada, que tanta estima tiene en el país.

Creemos, por lo que más adelante hemos de decir, que para la música vascongada cantada, debe emplearse el euskera, pero de emplearse el castellano, debe ser como una traducción, y por lo tanto el castellano puro; todo lo más que puede admitirse al em-

plear modismos locales, y eso con cierta discreción, es que lo haga un personaje cómico solamente, pero no como lenguaje general de la obra.

Con respecto a la música diremos que, a pesar de la expectación y el buen deseo del público, que por eso la han aplaudido, no pueden dejar de ser consignadas las siguientes observaciones.

A nuestro juicio, en esta obra el maestro Guridi, ha descuidado de un modo lamentable su categoría artística, llegando en materia de concesiones, a veces a lo muy vulgar.

Pocos trozos de zarzuela pueden presentarse de tan dudoso gusto como el zortziko del barítono y la canción del tenor, y otro tanto puede decirse de la procesión y aun del aplaudido preludeo del segundo acto.

Unicamente en el final de la obra acusa el autor su anterior personalidad, aun cuando la línea melódica tiene demasiado parecido con la de Amaya.

La instrumentación deja también bastante que desear, siendo en su mayor parte pobre e incolora, y no pudiendo compararse a la de otros compositores modernos de menos fama que la suya.

Esta obra da pues la idea en general de que Guridi es un músico que no progresa: y tal vez esto sea debido al hermetismo local en que le encierran sus aduladores, cuando sería de desear para él un ambiente mayor y más sano.

Es posible que influya en ello, también, el abuso del tema popular que, ahorrando el trabajo en concebir ideas, y con la comodidad de trabajar con las ajenas, da lugar a una verdadera penuria de originalidad. Sería de temer que por ese camino llegase al agotamiento de ideas propias.

El público de Madrid recibió muy bien «El Caserío», por alentar el deseo de renacimiento de la zarzuela, y los públicos de Vitoria, San Sebastián y Bilbao, por creer alentar también el desarrollo de la música vasca. Inútil es decir que, por lo tanto, la obra será de éxito pecuniario, al menos por el momento.

Y para terminar, dos palabras respecto al maestro Guridi.

Los que le hemos visto nacer para el arte y formarse como músico, y hemos seguido con interés todas las vicisitudes de su carrera artística, y conocemos todos los alientos y ayudas valiosísimas que de Bilbao ha ido recibiendo para triunfar en la misma, no podemos menos de recibir una gran decepción, no por el valor intrínseco de su última producción «El Caserío», sino por el camino emprendido,

que le desvía de aquel en que tenían puestas sus esperanzas todos los amantes del arte y del enaltecimiento de la música vasca.

Si su primera producción «Mirentxu» fué un verdadero acierto, su segunda producción «Amaya», más hecha y acabada, le debió dar idea clara de no ser el género lírico el camino mejor, sobre todo actualmente, para llevar la música vasca a las altas esferas del arte, y mucho menos en producciones que adolecen de defectos inherentes al empleo de un lenguaje híbrido como antes hemos apuntado.

Guridi no ha debido olvidar que si hay una música vasca, para ser cantada, esa música ha nacido con una melodía y un ritmo propios para el euskera, como todas las músicas populares locales con personalidad definida; así pues, tan anacrónico resulta un zortziko en cuya letra se emplean palabras como «añoransas», que jamás ha empleado ningún aldeano vasco, como si se cantasen unas malagueñas en euskera, y este con ceceo andaluz.

Esto no es localismo vasco, ni pasión por las cosas de nuestro país, sino que son sencillamente principios artísticos, primordiales que no puede olvidar un compositor que aspire a escribir música de cualquier clase con temas populares.

Pero prescindiendo de esta aplicación impropia de letra exótica, que es una de las más graves concesiones hechas al éxito práctico de este género de obras, lo más de sentir a nuestro juicio, es el abandono, por parte de músico en quien tantas esperanzas, había fundadas, del género sinfónico, como medio de elevar la música vascongada y de llevarla en aportación a las altas cumbres de la música pura universal.

Nosotros esperábamos en Guridi, como pudo esperarse del malogrado Usandizaga, un paralelo de la labor que para la música española y muy especialmente para la andaluza y la de las márgenes del Ebro, hizo el inolvidable Albeniz y que han continuado después Granados, Falla, Turina, Morales y otros músicos españoles cuyas producciones forman hoy parte de todos los programas de conciertos serios europeos.

El caso de Albeniz, que con música escrita para piano ha llegado a ese resultado, demuestra cuánto se impone el arte puro, cuando este es de buena ley y no se le relega por bajo de concesiones y populacheras, y cómo en todos los géneros y formas musicales triunfan el buen gusto y la seria disciplina de someterse a él.

Sentimos profundamente esta decepción respecto de Guridi,

y nos queda la esperanza de su vuelta al buen camino. Aquellas excelentes dotes naturales que todos hemos apreciado en él, no deben perderse ni malograrse en empresas que si pueden ser de un éxito momentáneo, lo desvían ciertamente del camino, más árido sí, pero más claro y seguro que conduce a la extensión y duración más grandes de sus obras.

Esperamos que así lo ha de sentir y que sabrá volver a colocarse junto a los otros meritísimos músicos vascos que persiguen el noble empeño de incorporar la música vasca a la música universal, tales como el P. José Antonio San Sebastián, Isasi, Sorozabal, Azkue y otros, para ganar así un puesto de gloria en el Arte, para él y para su País.

José de ORUETA